

5- La florida Itterswiller. El hallazgo de Dambach la Ville. La singularidad de Mittelbergheim. La mediaval Andlau. Mont Ste-Odile, la montaña sagrada de Alsacia. La alegre y bulliciosa Obernai.

ITTERSWILLER



La carretera continuaba para desaparecer, casi en seguida, detrás de un desnivel. No se veía casa alguna más allá de ese límite, solo una extensión inmensa de viñedos. En la siguiente curva apareció la aldea de Dambach, no tenía prevista su visita, pero me sorprendió agradablemente el atravesarla por su puerta fortificada y recorrerla brevemente antes de salir por otra puerta. Volvería para visitarla después.

Itterswiller aparecía delante como si estuviera emergiendo de las entrañas de la tierra. Era como un arrullo, un sortilegio que te domina para caer bajo el hechizo de una aparición casi teatral. Aunque en aquel escenario mágico, nada resultaba demasiado extravagante. El silencio absoluto reinaba en torno a las viñas de Itterswiller, un viento caliente brotaba de los campos, hacia vibrar el aire y movía las imágenes.

Este inusual pueblo vinícola se estiraba a lo largo de la ladera sobre una colina bañada por el sol y emplazado en medio de los viñedos, lo que le daba un aspecto original y pintoresco. Bellas mansiones floreadas bordeaban la única calle en la que había puntos panorámicos, que permitían contemplar un paisaje donde los viñedos se extendían ondulantes hasta el horizonte, bajo un sol brillante. A estas alturas del viaje ya había descubierto la fértil imprevisibilidad de la existencia.



Su ubicación, en medio del viñedo omnipresente, su cuidada arquitectura y su panorámica había sido mejorada hasta lo increíble. La paleta de colores que ofrecía era excepcional. Los conjuntos ornamentales floridos, en edificios privados o lugares públicos, eran inusitados y había múltiples galerías de vides tejidas que atravesaban la carretera principal.

Permanecí un rato disfrutando de este sereno ambiente al tiempo que observaba el extenso paisaje de una sucesión de llanuras verdes de viñedos, colinas y montañas. Me habría gustado quedarme allí el resto del día y poner en pausa el viaje, pero la tarde avanzaba y el sol recorría su camino bajando hacia el horizonte. Recorrí de vuelta la carretera para visitar Dambach la Ville.









DAMBACH LA VILLE



El pueblo se hallaba, en silencio, recogiendo los últimos rayos de sol de la tarde. Estacioné fuera de las murallas y me aproximé caminando a la puerta fortificada, que con su arco ojival me pareció una de las más bonitas del conjunto amurallado, para después atravesarla y desembocar en una de las calles más amplias y comerciales de la ciudad.

Al doblar la esquina, bañado por el resplandor trémulo del sol, me quedé boquiabierto. El pueblo de origen medieval parecía recién salido de un dibujo animado, era algo realmente hermoso con murallas, puertas medievales y hermosas casas antiguas. Aquí parecía que todo pasaba como si el tiempo se hubiera detenido. Estaba impecablemente conservado. Como siempre, los turismos estacionados estropeaban esta magia.





Entre sus puertas fortificadas se estiraba la gran plaza “du Marché”, encantadora con su fuente, el ayuntamiento del s.16 con el tejado escalonado y todo un conjunto de bellas casas que mostraban un gran elenco de arquitectura tradicional renacentista. Las casas suntuosas, que bordeaban la plaza, estaban cuidadas de forma impecable, cuando no restauradas con fidelidad al estilo de su época.

La plaza estaba desierta a esa hora y, del punto en que me encontraba, se ramificaban estrechas calles repletas de casas con entramado de madera. Me llamaba la atención los largos y misteriosos silencios de sus calles adoquinadas, que parecían querer ocultar una infinidad de secretos. Pasajes que me invitaban a descubrir su intimidad, si escuchaba en silencio las palabras que me susurraban al oído.

Un ligero soplo, cargado de perfume a bodega y a naturaleza, barría los callejones desiertos y sinuosos de la ciudad. Calles y callejones que conducían a los senderos de las murallas y viñedos. Desde este lugar de naturaleza observaba con delectación las armoniosas formas de las casas que se acoplaban a los ondulados pliegues del terreno.







La ciudad se fortificó en el s.14 con murallas, que no la protegieron del saqueo de las tropas francesas en el s.15, la revuelta de los campesinos en el s.16 y la guerra de los treinta años en el s.17. A partir del s.17 la villa prosperó con el desarrollo del cultivo de la vid. Se dice que el cultivo de la vid en Dambach apareció cuando un niño, que caminaba por el bosque, observó a un oso comiendo las vides silvestres. Los habitantes entonces comenzaron a cultivar las vides y el oso se ha convertido en el símbolo de la ciudad.

El sol atravesaba poco a poco la bruma del atardecer, e iniciaba su carrera de Este a Oeste, proyectando sombras extrañas a lo largo y ancho de las íntimas calles y plazas. Era el inconveniente de viajar al Este de la cadena montañosa de los Vosgos. El sol enseguida se ocultaba detrás de las altas montañas sumiendo a los pueblos en una temprana penumbra.











MITTELBERGHEIM



Mittelbergheim se extendía en una colina rodeada de viñedos, bañados por la cálida luz del sol del atardecer. Estacioné en la parte alta del pueblo, en el parque del cementerio, junto a otras autocaravanas. El lugar era magnífico, silencioso, rodeado de viñas y equipado con árboles, mesas de picnic y paneles informativos sobre la historia de la localidad y sus viñedos. El atardecer caía suavemente sobre los desiertos viñedos y salí a dar un paseo por la localidad. Un ligero, pero ya conocido olor, se intensificaba al entrar en la población, era el de las siempre presentes bodegas alsacianas.

El sol se ponía tras los tejados de las casas. Las ventanas y las fachadas de los pisos altos desprendían destellos del mismo color rojizo del sol. Abajo, en las callejuelas, la oscuridad invadía paulatinamente los últimos rincones abandonados por la luz solar. Se iluminaron las farolas que proyectaron un halo de luz amarillento que arrojaron extrañas sombras en las aceras y las fachadas de piedra rojiza de los edificios.







Volví de noche al parquin y los viñedos se hallaban en una negrura absoluta. El cielo se había cubierto y de vez en cuando la luna opaca asomaba la cabeza por entre las nubes, iluminando los campos de una fantasmagórica luz azulada. A la noche me despertó el repiqueteo de la lluvia en el techo del vehículo.

Al amanecer, y como por encanto, la lluvia había cesado y una leve claridad se filtró por el manto de nubes grises que se aborregaban en el cielo. Las oscuras nubes empezaban a desgajarse, lo que permitía al sol asomarse intermitentemente, primero un sol pálido y acuoso, poco después surgió la luz enviando sus rayos relucientes. Con el nuevo día sentía que me embargaba un nuevo entusiasmo y una sutil energía recorría mis piernas, ya doloridas del intenso viaje.

En esta naturaleza había llegado la vendimia, la época favorita del año para recorrer los viñedos cubiertos de verdes hojas bajo un cielo azul salpicado de pequeñas nubes blancas. Un olor llenaba el aire, a tierra mojada, que se mezclaba con los perfumes del campo. Por un instante creí entrever un mundo nuevo.





Mittelbergheim tenía un magnífico patrimonio arquitectónico muy homogéneo, conservando el aspecto rural de los siglos 17 y 18, con bellas casas renacentistas de tejado a dos aguas. A diferencia de todo lo visitado anteriormente aquí no había edificios entramados ni multicolores, los muros eran de piedra con un color rosa natural y estilo uniforme, dándole una singularidad especial. Por la cual Mittelbergheim está calificada como de las más bellas de Francia.

Sus calles me llevaban por las casas de viticultores donde las anchas puertas cocheras, a menudo con inscripciones en los dinteles, se abrían a los patios donde se escuchaba el ruido de las prensas. Un pueblo en el que, quien más o quien menos, parecía tener viñedos y los cuidan con esmero. Llegado a este punto debo confesar que no me gusta nada el vino, por lo cual disfrutaba del viaje en plenas facultades. Sobrio. Era muy agradable el disfrutar de la belleza y la naturaleza en plena tranquilidad, lejos de multitudes invasivas, sin turistas ni autobuses y rodeado de encanto. Alrededor del pueblo había muchos senderos que invitaban a recorrerlos, entre vistas espectaculares y paneles informativos que describían la historia y el trabajo de la viña.











ANDLAU



Desde Mittelbergheim una carretera con curvas penetraba en medio de un paisaje ondulado de bosques y viñedos en las estribaciones de la montaña de Le Hohwald. La ruta, por carretera, era una delicia para la vista y el cielo cristalino sugería que, pasada la tormenta nocturna, el persistente sol y el calor me acompañarían una jornada más.

Andlau formaba parte de este hermoso paisaje, mostrándose incrustada al amparo de un pequeño valle rodeado de colinas salpicadas de viñas. Es otro más de esos encantadores pueblos alsacianos, poco conocido entre los turistas, pero que me pareció muy agradable pasear al azar descubriendo sus casas con fachadas entramadas, tejados inclinados y congeladas en el tiempo. Jardines y fuentes estaban muy floridos, esmeradamente cuidados, y tenía la particularidad de estar atravesado por un río, en un precioso entorno, que le daba aun mayor encanto especial.





El río atraviesa el pueblo y va, de molino en molino, con aguas rumorosas y transparentes formando un lugar sumamente lírico. En torno a su cauce, las casas se asomaban al río y se veían espléndidas plantas decorando las sabias arquitecturas de los conjuntos florales cargados de los olores del río. Había sitios encantadores donde disfrutar del sonido del agua y la tranquilidad, tan sólo se oía el rumor del agua al caer por las represas, pero nada más.

La arquitectura renacentista de este pueblo me parecía muy equilibrada y agradable, con su característico entramado de colores y algunos tejados escalonados. La vista de la plaza era excepcional, con la gran fuente coronada por la santa del lugar, Ste Richarde, la fundadora de la ciudad. Entre sus edificios emblemáticos esta la iglesia, heredera de una antigua abadía de la santa del s.9, destruida por la revolución y de la que todavía se conservan algunos elementos románicos como su pórtico.







El resto de la tarde la perdí. Salí de Andlau para visitar “Le Hohwald”, una región boscosa y natural con pequeñas granjas. La población más importante lleva el mismo nombre, y sus villas y hoteles aparecían dispersos alrededor de prados y bosques, el paisaje era fantástico pero de fuertes pendientes.

El objetivo del viaje era llegar a un lugar llamado “Champ du Feu”, una alta torre de observación en lo más alto de una colina, y que se elevaba sobre los bosques proporcionando un inmenso panorama de 360°. Pero al llegar al lugar descubrí que se hallaba en trabajos, rodeada de andamios y cerrada al público. Bajé, de vuelta, a Mittelbergheim a pasar la segunda noche. Me había gustado la libertad de este pueblo, pasear por los viñedos. Y eran agradables sus noches.











MONT STE-ODILE



El sol acababa de alzarse lo suficiente sobre los viñedos para reanudar el viaje, era otro día soleado y sin brisa. Además me sentía descansado y con fuerzas para afrontar las jornadas de viaje que me quedaban por delante. Parecía que la quietud de estos campos de viñas había relajado mi anhelo de atesorar experiencias y la ansiedad por los próximos descubrimientos. El viaje estaba discurriendo perfectamente.

Una estrecha carretera me llevaba de Mittelbergheim a Barr, y al dejar este paraje había echado un último vistazo a los viñedos inmóviles bajo la luz del sol. La aldea de Barr, a poco más de un kilómetro, parecía bonita pero se hallaba en obras y tenía toda la calzada levantada. Circulaba por pequeñas carreteras esquivando los tractores que se demoraban en las cuestas, atravesaba pequeños núcleos habitados y emprendí, donde me lo indicaba la señal, la subida al Mont Ste Odile. La montaña sagrada se Alsacia.







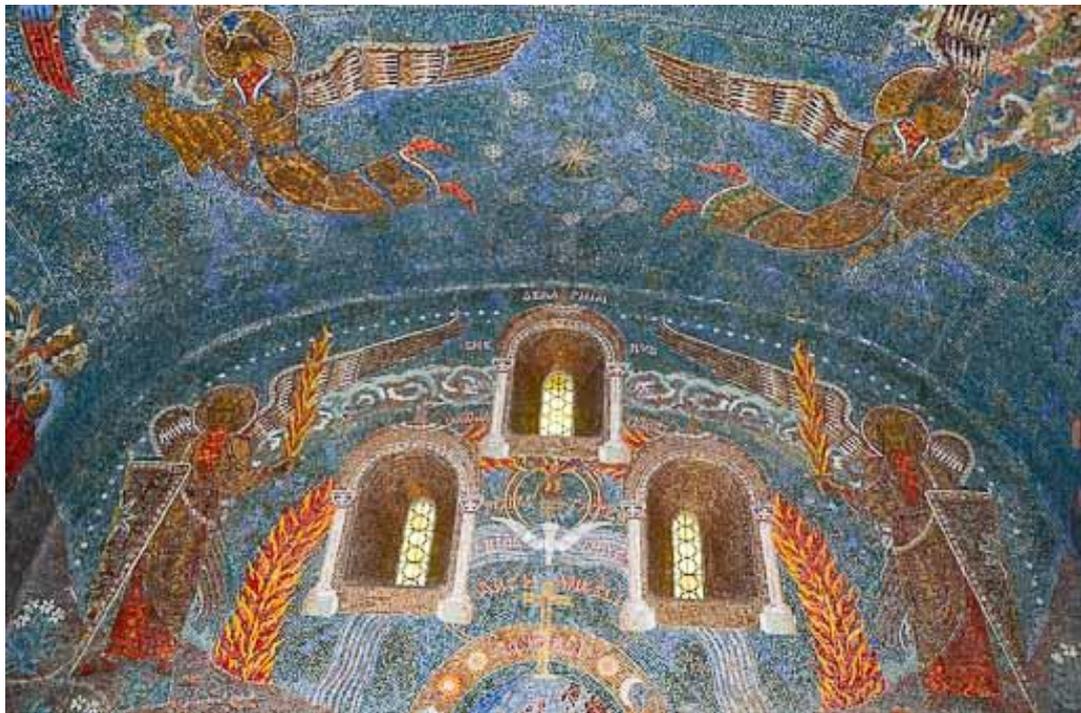
El sol porfiaba en su ascenso paulatino y las copas de los árboles descollaban, bañadas por su resplandor dorado, proyectando su luz sobre la infinitud del bosque y derramando sombras alargadas entre las hileras sucesivas de árboles. Llegué a las indicaciones de los párquines, había tres, el primero estaba señalado para autocaravanas.

El convento estaba próximo y continué a pie por la carretera, rodeado de un denso bosque. Aparecieron las primeras arquitecturas, muros con alabanzas a la santa de Alsacia, un gran mural con cerámicas de colores. Al final de una alameda de asfalto se erguía un gran edificio, era el convento cercado de arboledas. Atravesando el pórtico, con la imagen de la Santa, llegué al patio central rodeado de edificios hosteleros y enfrente se ubicaba la abadía y la iglesia.

Junto a la iglesia había un balcón mirador que ofrecía una espectacular vista de un manto de copas de extensos bosques, que destellaban bajo la luz relajante del sol. La terraza continuaba bordeando la iglesia, proseguía entre jardines y dos pequeñas capillas que me encaminaron a un extraordinario balcón panorámico a 753 metros de altura.







De pie, en la terraza, saboreaba el momento que estaba viviendo contemplando la llanura de Alsacia. Un tapiz de matices verdes punteado por parches pardos, arboledas, sotos y viñedos que salpicaban la verde campiña. Destacaban, sobre estos verdes, los colores de las pequeñas poblaciones de la ruta del vino y se distinguía perfectamente la torre de la iglesia de St-Pierre y St-Paul de Obernai. Era como si compartiera una complicidad, nacida más allá de los siglos, entre la Montaña Sagrada y el panorama que la envolvía.

Al entrar en la capilla de los ángeles me detuve en el umbral, mientras los ojos se acostumbraban al oscuro interior, después de la brillante luz del sol exterior. Fue toda una sorpresa. Me encontraba en el interior de una pequeña nave de paredes y bóvedas, decoradas con mosaicos de vivos colores que representaban escenas alegóricas y religiosas. Esta capilla fue construida en el s.12, pero sus magníficos mosaicos, de estilo antiguo o bizantino, son modernos del 1947. Según la tradición las jóvenes dan nueve vueltas al edificio y encuentran marido ese mismo año.

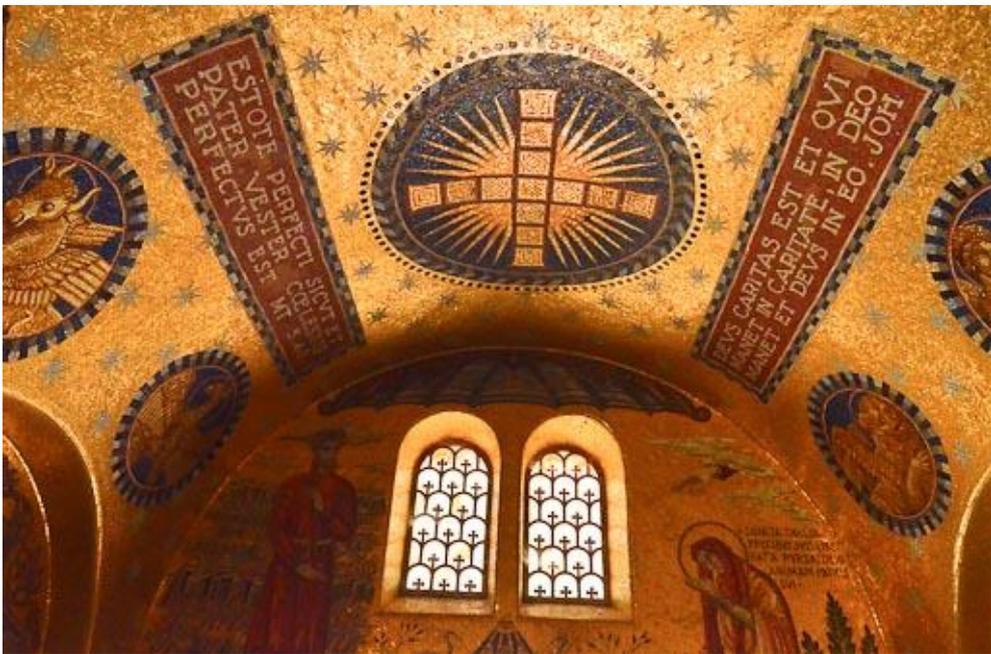


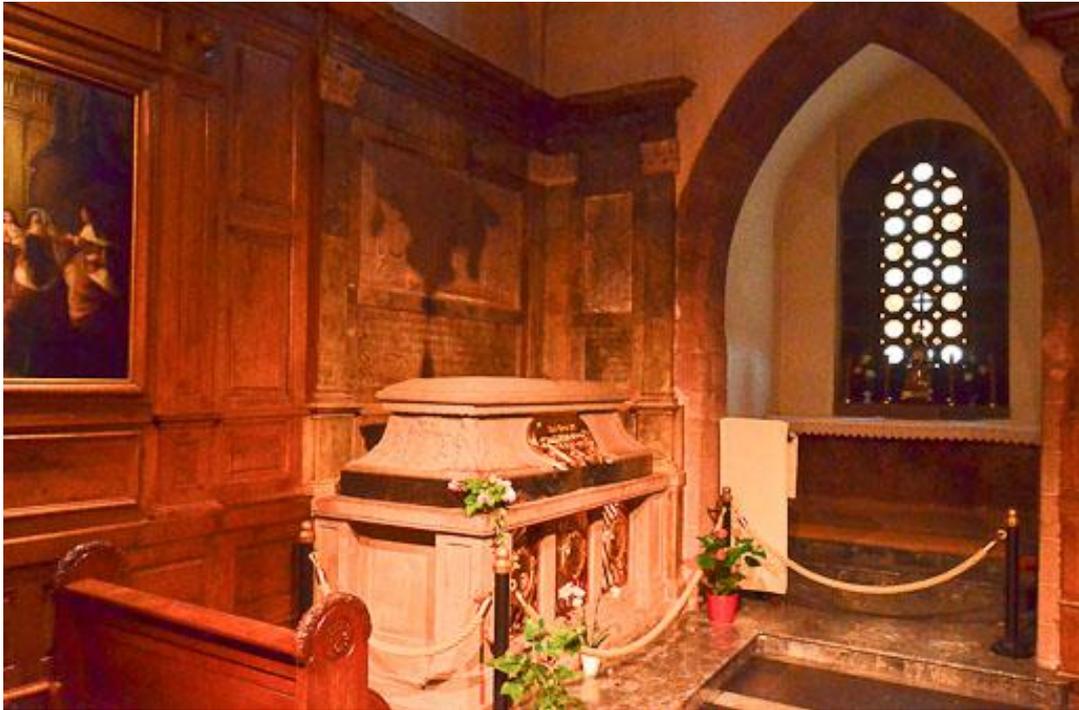


La capilla de las lágrimas, más grande, era también fantástica. Y sorprendido dejaba que los ojos se perdieran en la ornamentada cúpula con mosaicos dorados, que representan a los principales santos alsacianos. Su nombre viene, según la tradición, que en este lugar Santa Odile había llorado y rezado a la muerte de su padre para obtener la salvación de su alma. Las iconografías conjugaban el poder del simbolismo como una simple ilusión, o un juego de la imaginación. Eran de 1935, pero parecían de más allá. A la capilla de Ste-Odile se llegaba atravesando un jardín, desde el que se podía disfrutar de la vista del valle, y de un dulce perfume floral que se extendía por todo el lugar. Después de un largo pasillo me encontraba en una pequeña nave de luz mortecina que se filtraba, muy tamizada, por pequeños tragaluces. El olor de los cirios inundaba el lugar. En un lateral estaba el sarcófago de la santa, del s.8, y la capilla que se había edificado en el s.12.

Por una puerta baja con estatuas se comunicaba con la capilla de la Cruz, es la parte más antigua del monasterio y se remonta al s.11. Era muy oscura y pequeña. Arcos románicos, sustentados por una sola columna, formaban bóvedas decoradas con motivos vegetales, geométricos y medallones. Había un sarcófago con los restos de Etichon, padre de la santa.







Por una pequeña puerta se accedía a la iglesia conventual. La original fue destruida por un incendio y reconstruida en 1687 y para visitarla, tuve que esperar a que se terminase el oficio religioso.

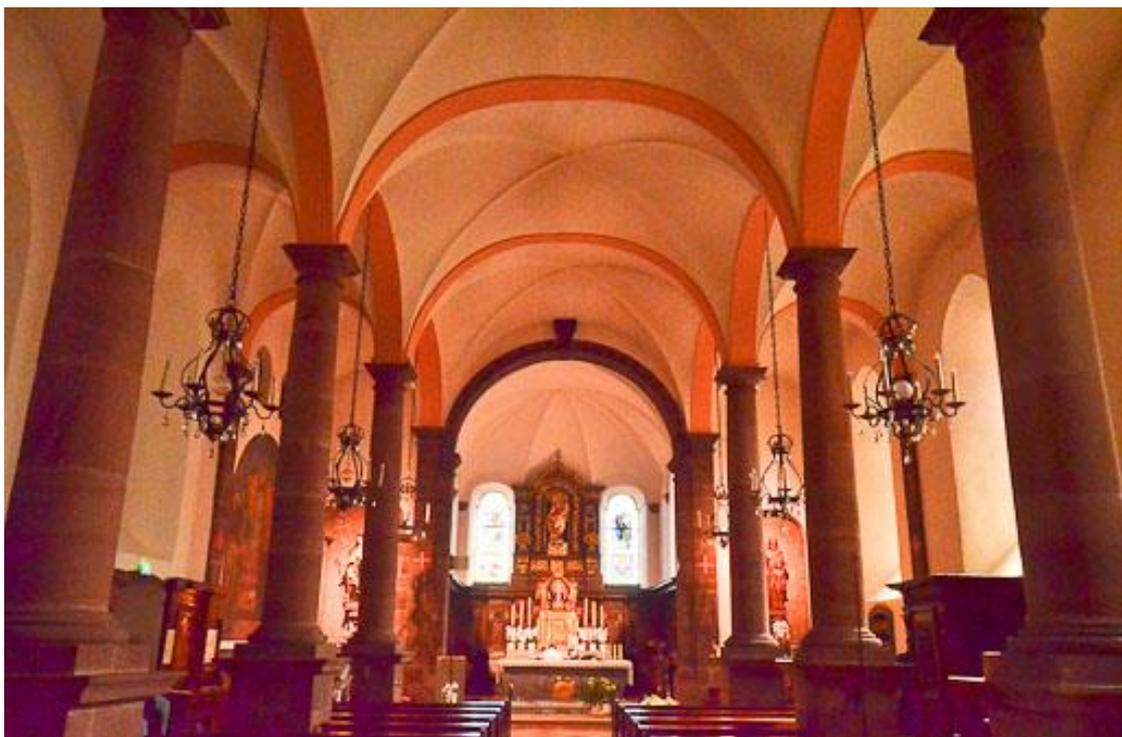
Según la leyenda Santa Odile nació ciega, alrededor del año 662. Fue rechazada por su padre Etichon, duque de Alsacia, quien ordena asesinarla. Pero la madre la oculta en un monasterio, donde al ser bautizada recupera la vista, por eso es venerada como sanadora de las enfermedades de los ojos. Su padre sigue sin reconocerla y mata a uno de sus hermanos por llevarla de vuelta al castillo. Arrepentido Etichon ofrece la fortaleza, lugar donde ahora se encuentra el monasterio, para la fundación de una abadía. A la muerte de su padre, este es enterrado en el monasterio, donde Santa Odile tiene una visión de su padre en el infierno. Sus oraciones logran que sea llevado al cielo. Es declarada santa en el s.11 y proclamada patrona de Alsacia en 1946 por el Papa Pio XII.





El monasterio sufre, entre los s.16 y 19, destrucciones durante la época de la reforma protestante y las subsiguientes guerras de religión, la revolución francesa y la guerra franco prusiana. La restauración de la abadía se comenzó en 1853.

Otra curiosidad de la montaña es la de su “Mur Païen”, o muro pagano. Se trata de una extraña muralla de 11 km que rodea la montaña. Se desconoce su función y su fecha de construcción, más o menos se data s.VIII al s.II a.c. Con el tiempo este muro, de grandes bloques, se ha fusionado en el paisaje de la roca y los bosques y puede pasar inadvertido. También hay un manantial donde la gente coge agua para sus molestias oculares. Todo el lugar parecía muy apropiado para hacer excursiones, o en vez de subir en vehículo, hacerlo a pie desde alguna de las poblaciones que se hallan al pie de la montaña.



OBERNAI



Obernai conservaba un equilibrio entre el campo sosegado, que atravesaba mientras conducía desde el “Mont Ste-Odile”, y el ambiente urbano bullicioso con el que me encontré de repente en el parquin “des Rempats”. Una gran plaza polvorienta llena de turismos, autocares turísticos y autocaravanas.

Este maravilloso pueblo, con sabor a pequeña ciudad, conserva una parte importante de sus murallas del s.16. Tuvieron 20 torreones y 4 puertas y a lo largo de estos muros pude disfrutar de un agradable paseo, bordeado de tilos, mientras contemplaba alguna de sus graciosas torres. Desde el parquin, el acceso a la ciudad se realizaba por una pequeñísima puerta abierta en la muralla. Y zambullido en la corriente incesante de turistas deleitados, que accedían al interior de la ciudad, me descubrí en medio de un bullicio jovial.





Inmediatamente aparecieron los expositores de las pastelerías, que prometían ricos y enormes bizcochos “kougelhopf”. En la “Rue du Marché” una multitud atestaba el estrecho pasaje flanqueado de restaurantes y tiendas donde vendían, además de los típicos souvenirs, los pintorescos trajes tradicionales que lucen las mujeres en las fiestas.

Las tiendas estaban de bote en bote, cientos de personas iban y venían por la calle. En el interior de los restaurantes la gente conversaba y sonreía despreocupada. Una música, que parecía típica, calentaba la atmosfera y sonaba de fondo en las conversaciones. El turismo en grupo lo estropea todo.

Mientras serpenteaba, abriéndome paso entre los clientes que atestaban las terrazas, un cumulo de olores desconocidos saturaba el aire. Llegué a la “Place du Marché” y las primeras imágenes empezaron a desfilar. Un estremecimiento de calor recorría lentamente mi ser y a cada momento mi mente caía en un universo paralelo.







Esta plaza conserva el aroma autentico de Alsacia con sus casas de entramado de madera, en sugestivos colores, y sus grandes tejados inclinados. La prístina torre del Beffroi, del s.13 y 60 metros de altura, se levantaba orgullosa sobre los edificios circundantes. La fuerza de la imagen de esta plaza había obrado sobre mí un efecto de atracción. Estaba perfectamente conservada, con una bella fuente decorada con flores y sobre un pilar la escultura de “Ste-Odile”, nacida en Obernai. El “Halle aux Blés”, o mercado de trigo, era una bonita construcción de fachada triangular blanca del s.16, que destacaba con su fachada adornada con cabezas de vacas y dragones.

En un discreto lugar, en la cuesta que llevaba a la iglesia, se halla el precioso “Puits aux Six-Seaux”, el pozo de los seis cubos de estilo renacentista del s.16. De su base parten tres columnas que soportan un dosel octogonal y en su interior se conservan los 6 cubos, que le dan nombre, y que sirvieron en su día para recoger el agua. Siempre que hay pozo o una fuente...irremediamente aparecen monedas en su interior. Y al final de la misma calle se veía la fachada de la iglesia “St-Pierre-et-St-Paul” del s.19. Parecía más antigua.





En el otro extremo de la plaza se erguía el “hotel de Ville”, del s.16. Un magnifico balcón esculpido se asomaba a la plaza, y en un lateral había hermosas pinturas murales ornamentales.

El calor apretaba en toda la ciudad, me senté apoyado sobre un banco y observé el ir y venir de las gentes, ya que por esta plaza pasan todos. El ensueño solo quedó deslucido por el tráfico incesante de vehículos y camiones de reparto. También grandes grupos de turistas, sin duda venidos en autobús de excursiones organizadas, y el motor del “Petit Train” que tenía en este lugar su parada. Pero todo esto iba remitiendo, poca a poca el rumor de la circulación se atenuaba. La experiencia me ha enseñado que después de cierta hora los pueblos y las ciudades se convierten en desiertos. Solo había que esperar.

Caminando por la “Rue de Ste-Odile” pasé al pie del “Beffroi”, donde se ubicaba una pequeña plaza con la oficina de turismo. Continuaba por esta misma calle observando bellos ejemplos de casas de entramado, sus tonos, y la arquitectura de sus diseños.







En la “place de L’Étoile” había un tióvivo de aspecto anticuado. Me llama la atención el original gusto en Francia a estas atracciones infantiles, con los carruseles que parecen antiguas obras de artesanía. Alrededor de esta pequeña plaza se hallaban encantadoras fachadas de estilo alsaciano. Había una, apartada disimuladamente en un rincón, que lo tenía todo, diseño, antigüedad, encorvada y bellamente engalanada de flores.

Después de recorrer sus pequeños callejones, y admirar sus construcciones, emprendí el camino al memorial. Sobre una colina una gran cruz, de 12 metros, marcaba el lugar y la carretera subía zigzagueando entre viñedos. Aquí arriba había un mirador, con un panel informativo, que ofrecía unas excelentes vistas de Obernai, así como de los picos y las montañas de los Vosgos. Se distinguía muy bien la montaña sagrada de Ste-Odile. Estaba cansado y permanecí inmóvil, con la mirada perdida en un punto infinito, a medida que la mente vagaba por todas las experiencias del día.

Al final de la jornada contemplé el atardecer, en una silenciosa “Place du Marché”, mientras la temperatura descendía y las farolas se activaban para despedir el crepúsculo.













